



POR UN ATEISMO COMO DIOS MANDA

Lluís ALVAREZ

La más grande revolución del pensamiento de nuestro tiempo reza así: como Dios ya no es obligatorio, se ha convertido en necesario y conveniente. Este texto pretende resumir los antecedentes y las consecuencias de tal acontecimiento.

El desarrollo de la cuestión teológica nos muestra una metaverdad que era hasta ahora patrimonio exclusivo de la sabiduría esotérica. No me estoy refiriendo a ningún esoterismo ritual y mágico. Todos los de esa especie son superstición, aunque a las veces benéfica. Me refiero a un esoterismo lógico y aristocrático. A saber: que las verdades más altas son necesarias en cada momento pero que cambian de sentido según el adversario. Este puede y debe ahora proclamarse a los cuatro vientos: en cuanto una verdad necesaria se convierte en lenguaje dialógico entra en la estructura del dilema expresado por el culto refrán de que hay que ser tirio con los troyanos y troyano con los tirios. Mostraremos que esa es una instrucción de más calado que otra también refranesca que se le opone: donde estuvieres haz lo que vieres.

En realidad, todo el mundo se ha comportado hasta hoy en el tema teológico siguiendo el segundo refrán. Primero los sabios antiguos,

que respetaban la creencia en los dioses como un deber para con la tradición o que la impugnaban como un deber de respeto hacia los hombres, así algunos audaces epicúreos. Lo esencial en ambos casos, como se ve, es el respeto a lo más alto, sea de acuerdo con la mayoría teísta, sea con la minoría atea. (Así ya que podemos ir abduciendo: hay al menos un Dios verdadero y necesario que es la función vacía de «lo más alto»). Después vino el cristianismo, que convirtió al Dios único en la *ultima ratio* del dominio occidental sobre las tierras, pueblos y razas del mundo. En esto no caben equívocos «materialistas»: no era Dios una ficción ideológica que cubría la auténtica ideología burguesa de la explotación y el imperialismo. Era el Dios auténtico hecho hombre quien inspiraba la fuerza moral de cambio, de la destrucción, de la riqueza, del dominio (aunque también, de la pobreza voluntaria, de la humildad, de la rebelión contra la injusticia). Bajo el alfa y el omega, bajo la cúspide y el fundamento, bajo el Dios judeocristiano —en suma— la humanidad se ha concebido como objeto de un progreso hacia la salvación y la liberación. En esta etapa la prueba del *consensus gentium* para mostrar la racionalidad del teísmo se transmuta varias veces pero siempre con el mismo resultado: «haz lo que vieres» porque *nadie* puede pensar fuera de la idea de Dios, porque Dios se manifiesta como violencia y constricción sobre el pensamiento y sobre la acción. Dios es absoluto llámese como se llame, historia, voluntad del yo, paraíso y victoria en la lucha final.

Pero estos mismos momentos en los que filosofamos viven bajo la influencia del anuncio de la muerte de Dios. No cabe duda de lo que el vocero de esa noticia mundial, Federico Nietzsche, quería decirlo. Parafraseando uno de sus subtítulos: lo que anuncia lo anuncia para todos y para ninguno. Por tanto, es llegado el tiempo en el que la antigua forma de la verdad tal como era vivida por los mejores pasa a todos. Y pasando a todos el igualitarismo se transvalora. Así, si alguien afirma seriamente que la verdad es la misma para todos, el filósofo contestará que la verdad es distinta para cada uno. Y si alguien se aventura alegremente con que no hay verdad y que cada cual se las apañe, entonces el filósofo saldrá a las plazas para asegurar que la verdad es necesaria para todos. Este ejemplo lógico muestra una de las consecuencias de la muerte de Dios: la disociación nunca vista hasta hoy entre lo absoluto y lo necesario. Si Dios ha muerto, o si está escondido en la inexistencia —que viene a ser lo mismo— entonces ha muerto el valor absoluto. Pero esa conversión de lo absoluto en relativo (relativo a algo que no sea el *ens necessarissimum*) no convierte a lo relativo en un «nuevo» absoluto. Esto lo ha explicado muy bien Vattimo en varios sitios: el relativismo sigue siendo relativo. Y por lo tanto, el lugar ocupado antes por lo absoluto se llena con la presencia de la necesidad. La verdad no es absoluta, pero es necesaria. Un ejemplo sencillo que viene al pelo sería éste: «Dios existe» no es una verdad absoluta pero puede ser una verdad necesaria, bajo ciertas condi-

ciones; «Dios no existe» no es una verdad absoluta pero es, sin duda, una verdad necesaria según y cómo.

Lluís Alvarez

Tal vez esto pueda parecer un galimatías caprichoso. Les aseguro que no lo es. De hecho, pasando a la vida moral, hay gente que dice creer en Dios y no cree en Dios de ninguna manera, sino que es — más bien— un idólatra, un supersticioso o un demoníaco. Y hay gente que dice no creer en Dios y cree a piesjuntillas. Esto se explica porque en general la creencia no es tanto un acto intelectual como un hábito para la acción. No es de ahora, hay varios maestros que lo han afirmado. El rabino lo dejó claro: «Por sus obras lo conoceréis». Y hace poco Marx, aunque a propósito de algo demasiado positivista, lo dijo también: «no lo saben, pero lo hacen». Sin embargo lo importante, me parece, lo que sobresale de esta *mêlée*, es el hecho empírico de que Dios, después de muerto, se ha convertido en una necesidad positiva. O sea, que es conveniente. Una toma de posición como esta posibilita tal vez mejor que la contraria (Dios es inconveniente) el avance de la razón en el mundo. De esta suerte: dice el impío en su corazón —como reza el salmo judío— «no hay Dios». Pero, claro, quien eso dice no está afirmando una tesis científica sino que está hablando desde el fondo práctico de su vida. Por eso coincide exactamente con aquel otro que se alza en medio de la sinagoga para manifestar a Dios, en quien cree, que él —un fariseo— es por cierto puro y fiel, no como esos indignos colaboracionistas contaminados por el invasor. En ambos casos no hay ateísmo ni teísmo, sino falta de piedad. Y el resultado cognitivo de la falta de piedad es la blasfemia. El que dice ser piadoso y no lo es, es blasfemo. El que dice ser ateo y no es piadoso es igualmente ateo. El que dice, como tantos, «algo hay» y es piadoso, manifiesta a Dios. El que dice no ser piadoso pero lo es, manifiesta a Dios.

Así están las cosas. Según una broma de Fernando Savater algunos ateos contumaces son en su fondo monoteístas. «¿Cómo va a hacer Dios si ya hay uno, que soy yo?» Sí, lo ateos doctrinarios practican una medicina decimonónica como la del chiste del loquero: «Fíjese si estará loco este paciente que se cree Napoleón, cuando todo el mundo sabe que Napoleón soy yo», (siendo Napoleón=Dios). El caso es usurpar para uno mismo la función de «lo más alto», cosa que en la que pueden coincidir desde luego ateos y fariseos. Después hay ateos muy religiosos. Unos porque adoran ídolos sustitutorios de Dios-propia-mente-dicho y más flojos que El: el Gran Relojero, la Materia, la Historia, el Sexo, la Informática... hay muchísimos. Otros porque actúan a favor del Dios verdadero mientras le combaten de palabra. Solía contar Miguel Espinosa —el gran escritor— sus relaciones con un amigo suyo de esa cofradía. «Tú no lo comprendes, Miguel, porque estás preso de los prejuicios pequeñoburgueses, pero todo es materia que nos lleva dialécticamente hacia el Hombre Total», decía el hombre mientras daba el biberón a la más pequeña de sus cuatro criaturas

y cuidaba de que el resto de la tropa no introdujera demasiado desorden en la pequeña cocina.

Dios es conveniente porque es común, empírico y práctico. Y ha llegado a ser así porque la Ilustración ha hecho que los dioses de las religiones —incluido el nuestro, el Dios de Abraham y de Jacob— se hayan relativizado: si se los adora como existentes se convierten en ídolos, si se los niega como inexistentes reaparecen trasmutados bajo la figura absoluta de «lo más alto». Por eso la llamada *teología negativa* ha asumido esa herencia ilustrada. Sólo puede defenderse la fé — la Fé con mayúscula y con ella el sistema paradójico de la subjetividad— si Dios no existe. Pero, por favor, no pretendo escandalizar porque tampoco lo pretenden los buenos teólogos. Nosotros —unos nosotros en formación— no decimos que Dios es conveniente por razones de control social, cual si fuéramos Voltaire o Schopenhauer. Nosotros no decimos que somos ateos para fastidiar o para ser científicos. Somos ateos para no ser idólatras. Es decir, somos ateos como Dios manda. La vía negativa consiste en certificar que la muerte de Dios es un resultado interno del cristianismo, que pide adhesión a la verdad absoluta y después viene la verdad absoluta («Dios no es necesario») y mata a su creador. Así pues llegado es el momento, siguiendo a Nietzsche, de «bajar unas cuantas escaleras» en la ascensión del confiado pensar antimetafísico: hay que restaurar un Dios más mundial y más mítico, que nos libre de tanto Dios ritual, social, civil, esencial, impío. Lo digo sin ironía y queriendo comentar una conocida frase de la última filosofía: sólo un Dios discreto y por-venir puede salvarnos del resto de los Dioses contundentes, parciales, falsos y demasiado existentes. Si se quiere: Dios no existe pero está. Esa es la vía positiva. La realidad de Dios, que está distribuida en múltiples aspectos de la vida empírica y práctica, procede de fuentes antropológicas inexcusables. Dios es, en este aspecto, una cuestión de hecho.

Entramos al núcleo más duro de la cuestión. Dice el ateo impío: «ya, pero esa es la vieja posición de que Dios es un símbolo de valores morales en el mejor de los casos, lo mismo que es símbolo de valores morales en el mejor de los casos, lo mismo que es símbolo de la falsedad y de la alineación, la más de las veces, o sea, que en todo caso, Dios no es más que una *idea*». ¡Caramba!, digo yo, ¿que Dios no es más que una idea —acusan— y eso les parece poco? Pues a mí, con perdón, me parece muchísimo, incluso demasiado. No comprendo por qué Dios va a ser menos efectivo que la justicia o la democracia, o el Sistema Monetario Europeo, que también son ideas ideales. ¡Y cómo nos afectan! Hay que entrar en algunos tecnicismo. De la misma manera que «la muerte de Dios» nos ha llevado a una relajación del discurso por la cual se hace preciso distinguir entre «absoluto» y «necesario» —como hemos visto—, ocurre también otra consecuencia: es preciso distinguir entre «existencia» y «sentido» de esa existencia. O todo lo que tiene sentido (p. ej. Dios) existe o hay muchas cosas que

no existen (p. ej. Dios) pero tienen sentido. Escoja usted, porque ambos enunciados son equivalentes y no hay *tertium quid* racional y razonable. A eso lo llamo yo empirismo radical.

No hay más cera que la que arde y por tanto el espíritu, Dios, sea lo que sea, —alguna persona, decisión, evento— está entre nosotros. Pero, al mismo tiempo, nosotros estamos en el espíritu porque la intensidad del signo-Dios como hábito para la acción consiste concretamente en llevarnos a todos y a cada uno más allá de nosotros mismos: *teste David cum Sybilla*, así lo proclama tanto la razón como la fé, tanto la Ilustración como la religión, tanto la filosofía como la teología.

Por tanto que nadie se crea superior porque «no cree en los angelitos», otra vez Nietzsche. Y, por supuesto, que nadie se crea *mejor* porque sí cree en ellos. En una reunión muy exclusiva yo he escuchado de los labios de un teólogo estrella de nuestros días, un profesional del progresismo como es Hans Küng, lo siguiente: «Yo, Hans Küng, al igual que Pablo de Tarso, he resistido a Pedro, yo me he opuesto a la doctrina oficial y ortodoxa para abrir la creencia del cristianismo a todo el mundo». He ahí, en mi sentir, una batalla parcial y dudosa contra el antiguo compañero que se ha pasado a la reacción, contra el Papa, contra quien sea. Así funciona una parte de la sociedad mundial. pero según el signo-Dios, si uno se arroga la excelencia la pierde, porque sólo Dios es santo y altísimo. ¿Es Dios entonces uno de los efectos infinitesimales del sentido de las cosas que brota allí donde nuestra acción se ve obligada a dar el salto al límite, ese salto que ninguna racionalidad instrumental puede exigir pero que nos sobreviene con la imposición de querer hacer lo mejor sin que podamos no obstante vanagloriarnos de ello?

Puede ser. Por eso me gusta, como a muchas amigas y amigos, la fórmula de Woody Allen para definir un ateísmo como Dios manda: «¿Cómo que si soy ateo? Eso lo diréis vosotros, pero Él sabe muy bien que yo soy la leal oposición».
